

CONTESTACION A «A PROPOSITO DEL WALRAS DE SEGURA»¹

JULIO SEGURA
Fundación Empresa Pública

Siempre causa sorpresa el hecho de que lo que uno escribe despierte el interés de alguien. Más aún que ese alguien se tome la molestia de escribir un comentario. Pero la sorpresa se torna en asombro cuando el comentario afecta a todos los puntos, principales y secundarios, en que el crítico no tiene idéntica opinión que el autor. Esta heterogeneidad y abundancia de comentarios me ha inducido a agrupar mi contestación temáticamente, con la esperanza de facilitar al lector su seguimiento.

UNA OPINION «MATIZABLE»: LA INFLUENCIA DE WALRAS EN SU EPOCA

Para mi crítico, constituye una «opinión correcta aunque matizable» mi convencimiento de que Walras influyó muy poco en su época. Cualquier opinión es matizable, pero no es éste el caso, al menos por los motivos aducidos por el comentarista. A saber:

— «Tras su fallecimiento [Walras] hubo una explosión walrasiana que todavía dura.» Dicha explosión está formada, según se dice, por Cassel, Hicks, otros y Jaffé. Teniendo en cuenta que Walras murió en 1910, lo que hace difícil ampliar *su época* hasta 1954, en que aparece la obra de Jaffé, parece que lo que debería matizarse es más bien el término de «explosión» aplicado a un capítulo de un libro editado en 1918 y un artículo conmemorativo de un centenario publicado cuarto de siglo después de su muerte.

— «No está nada mal para un economista aislado y poco influyente», señala mi comentarista, que se carteara con «Barone, Böhm-Bawerk, Bortkie-

¹ Supongo que «el Walras de Segura» se refiere a dos artículos míos: «La obra de Walras al cabo de un siglo» (pp. 20-55 de la versión española de los *Eléments*, Alianza, 1987), que citaré como S1, y «Léon Walras en la historiografía del pensamiento económico: materiales para una reinterpretación» (esta REVISTA, año VI, núm. 1, pp. 73-102), que citaré como S2.

witz, Edgeworth, Einaudi, Fisher, Foxwell, Gide, Jevons, Marshall, Menger, Pantaleoni, Pareto, Wicksell, Wicksteed y Wiesser». Como ya he documentado exhaustivamente en mis trabajos (S1, pp. 24-28; S2, pp. 75-78), esta abundante correspondencia fue analíticamente irrelevante, no pasando de meros formulismos, cuando no de puras manifestaciones de desacuerdo en ambas direcciones, excepto en los casos de Barone, Bortkiewitz, Jevons y, en sus inicios, Wicksteed. Parece, pues, poco susceptible de matiz sostener la escasa influencia de un autor que, entre 1870 y 1910, no logró conectar en el campo de la teoría económica ni con Marshall-Edgeworth, ni con la escuela austríaca, ni con los alemanes.

LA IMPORTANCIA DEL CONTEXTO

Mi crítico cree que asigno excesiva importancia explicativa a las circunstancias en que surge la teoría —que para él no son significativas salvo en el caso de la teoría monetaria— y a la ideología. Como a esta altura de la crítica el reproche se refiere a mi explicación de la escasa influencia de LW en su época, a ello me referiré.

No es opinable que los tres motivos que yo señalo de esta escasa importancia son: *primero*, su nula influencia sobre las escuelas teóricas importantes; *segundo*, carecer de apoyos institucionales, y, *en tercer lugar*, sus posiciones políticas. Los dos primeros supongo que no cabe calificarlos de «contexto». Sobre las dificultades que le reportó el último, me remito, por poner un único ejemplo, a los equilibrios que tuvo que hacer la mayoría del Tribunal (4 votos contra 3) para proponerle como profesor temporal por un año en Lausanne. En el acta final se encuentran párrafos justificativos de este tenor: «las divergencias de opinión que separan al señor Walras de la ortodoxia económica son, en resumidas cuentas, menos efectivas de lo que parece creer el propio autor», o «el señor Walras repudia en forma expresa todo esfuerzo de reforma social que no tenga como punto de partida y objetivo la conciliación entre los intereses, una actuación liberal de los poderes públicos y el respeto a los derechos individuales», o «el señor Walras ofrece garantías positivas por su refutación vigorosa y perentoria de las diversas utopías de organización socialista». Es de agradecer que el contexto y la ideología fueran tan poco significativos en el caso de Walras como cree mi comentarista, porque de haberlo sido...

La importancia del contexto es siempre discutible, y sobre todo una cuestión de grados, pero para que el lector valore cuál de las dos posiciones sobre la explicatividad del contexto le parece más sensata, recordaré que para mi crítico ser «comunista» o «liberal» son datos «apenas más importantes» que

ser «fumador», «sordo» o «longevo», afirmación sorprendente en un historiador del pensamiento de una ciencia social. Máxime si, cuatro párrafo antes y para justificar que muchos economistas no trataron bien a Walras, le parece necesario recurrir a la «naturaleza humana» del autor y señalar que era «hipocondríaco y de temperamento paranoico». Parece que el contexto social y la ideología nada informan sobre un científico social, pero su carácter sí. Siento ser de la opinión contraria.

VILIPENDIO DE SCHUMPETER, FILIA WALRASIANA Y FOBIA PARETIANA

Para mi comentarista, Schumpeter resulta «vilipendiado primero por Jaffé y después por Segura», y los «detalles del contexto no estrictamente científico» hacen que me ofusque y «experimente simpatía por Walras y antipatía por Pareto», lo que le induce a aconsejarme, pese a considerar que a un olmo no pueden pedírsele peras, que mis «filias y fobias no se notaran demasiado». Dejando aparte referencias al reino vegetal, veamos en qué basa sus invectivas mi crítico.

Respecto a Schumpeter, aduce que mi uso de la *History* y los *Ten Great* es sesgado y que omito ciertas referencias y hago hincapié en otras. Como es obvio, mi comentarista hace exactamente lo contrario, por lo que su proceder es, al menos, tan discutible como el mío. Pero lo que no rebate es que:

— Parece razonable dar más importancia, como yo hago, a la *History* que a los *Ten* cuando se evalúa la posición de Schumpeter.

— En la *History* no existe una palabra dedicada a explicar el porqué de las posiciones ideológicas de Walras, pero sí una detallada justificación sobre Pareto en la línea de que «fuertes pasiones» y su «sólida formación clásica» le hicieron observar «con ira apasionada los actos de los políticos de las democracias liberales italiana y francesa».

— Cuando Schumpeter trata el tema de la ideología de ambos autores es, significativamente, en el ensayo sobre Pareto —no sobre Walras— de los *Ten*, para calificar al francés de «radicalismo pequeño burqués» y afirmar sobre el italiano que, ante la debilidad política de su país, «el estudioso de la historia de Roma tal vez pensase en aquella fórmula mediante la cual, en la república romana, el senado, para enfrentarse con una situación de emergencia, ordenaba a los cónsules que nombrasen un magistrado con poderes prácticamente ilimitados, aunque temporales, esto es, un dictador».

No me parece excesivo concluir de todo esto que Schumpeter trató de forma *asimétrica* y *desequilibrada* a ambos autores, que es lo único que afir-

mo. Y me parece injustificable por melodramático deducir de esto que «vilipendio» a Schumpeter, máxime cuando mi comentarista olvida que califico su opinión sobre el Walras teórico como «la más positiva de todas las existentes», que las páginas de la *History* dedicadas al equilibrio general walrasiano «constituyen una visión brillante y genial» y que, en mi opinión, su obra es «soberbia».

Respecto a mis filias y fobias, la acusación se basa en dos argumentos: que detallo comentarios y maniobras poco elegantes de Pareto respecto a Walras, pero no al revés, y que califico de «filofascista» y «autoritario» a Pareto y de «progresista» y «abierto» a Walras.

Lo primero es cierto, pero la razón es obvia: mi objetivo era explicar el porqué la influencia real de la Escuela de Lausanne fue capitalizada por Pareto y no por su fundador, para lo que sólo resulta relevante la posición de aquél respecto Walras y no la contraria. Si hubiera estado interesado en hacer una clasificación maniquea bueno-malo habría tenido que añadir información, pero no era éste mi interés.

Respecto a lo segundo, opinar que Walras era progresista y Pareto conservador supongo que no será discutible. El término filofascista aplicado a Pareto es opinable, pero algún sostén debe tener esa opinión cuando Schumpeter llega a manifestar, como ya he señalado, que el italiano pensó en la fórmula del dictador como solución a los males de la democracia de su país. En todo caso, quien no opine lo mismo que yo, no será por la razón aducida por mi crítico: que Mussolini da su golpe en octubre de 1922 y Pareto muere en agosto de 1923. Deducir que Pareto no fue simpatizante del fascismo por el hecho de que muriera diez meses *después* del golpe militar fascista, y seis meses *después* de haber sido designado senador por Mussolini, es un *non sequitur*. Por último, dejar entrever que yo presente a Pareto como «militante de las camisas negras» es exagerar en términos grotescos mi opinión². Recordaré no obstante a mi crítico que el libro de Spiegel, que él recomienda, señala que Pareto llegó a «abogar por el gobierno de una élite mediante la fuerza y el fraude» (p. 652, ed. española, 1987). Creo que esto, en el contexto de una democracia parlamentaria, puede traducirse con más exactitud por «filofascista» que por «liberal».

² Sobre el tema de la ideología de Pareto se ha escrito mucho —en cualquier caso, no es ni un tema de tercera fila en el «Walras de Segura»— y, ya que a mi crítico le parece importante, le recuerdo una nota (S2, p. 84, n. 13) en la que menciono las recomendaciones *liberales* de Pareto a Mussolini. Parafraseando a Schumpeter, para mí, Pareto sería un «filofascista peculiar».

UNA ESCOCEDURA PROFESIONAL: LOS HISTORIADORES DEL PENSAMIENTO ECONOMICO

Dice mi crítico que «arremeto contra los historiadores del pensamiento económico». Mis críticas más acerbas van dirigidas a Friedman, Harrod y Blaug, y no resulta fácil considerar a los dos primeros como historiadores del pensamiento económico; más bien pertenecen a la corporación de los teóricos. Mis mayores elogios van a Jaffé y Hutchison, que, desde luego, son historiadores. Si a esto se une que dos de los tres responsables, en mi opinión, de la visión reduccionista de Walras son Pareto y Hicks, sólo puedo interpretar la frase de mi crítico como un grito de defensa corporativa: me he metido en el coto de una materia que no es la mía.

Esta interpretación viene avalada por el hecho de que mi comentarista se dedica en tres ocasiones a defender «el Programa de Historia de las Doctrinas Económicas en la Complutense». Este síndrome de *defensa de asignatura* es gratuito, porque mi única mención a esta materia está en una nota a pie de página y referida a que los libros de Blaug y Barber «han sido profusamente utilizados en la docencia universitaria española» (S2, p. 88, n. 17; cursiva añadida)³.

También existe un síndrome de *defensa de la profesión* en mi crítico cuando llega a afirmar que «guiado por el criterio de los historiadores, que tan acerbamente califica Segura, yo jamás había leído los *Estudios de Walras*». En ningún momento he mencionado criterio alguno de los historiadores; lo que he señalado es que Walras es conocido a través de Schumpeter por «la inmensa mayoría de los economistas» (S1, p. 23), y que los trabajos de este último «constituyen la principal fuente de conocimiento de la obra de Walras para los economistas —y cabe sospechar que también para muchos historiadores del pensamiento económico» (S2, p. 82). Lo que me parece obvio no tiene relación alguna con criterios de historiadores. Pero lo más significativo de este síndrome es que mi comentarista parece olvidar que en la primera página de mi trabajo en esta REVISTA se puede leer: «Pero, para entonces, el análisis de equilibrio general había adquirido un grado de autonomía, dentro del campo de la teoría económica, y se había formalizado lo suficiente, como para hacer que la lectura de Walras fuera improductiva a medio —y, quizá, incluso a largo— plazo, dadas las normas internas del mundo académico» (S2, p. 73). Mi crítica se refiere al criterio ¡¡de los teóricos!!

³ De paso, y puesto que mi crítico saca el tema, mencionaré que el libro de Barber fue traducido por la Cátedra a la que defiende, no sé de quién, y que el libro de Blaug se utiliza hoy día. Es muy de agradecer que el Blaug no se recomiende ya para Marshall, porque cuando se les explicaba a los alumnos les resultaba muy difícil conciliar su visión con el análisis admitido por todo el mundo del equilibrio parcial.

Como nota marginal, por la importancia que le asigna mi crítico, señalaré que el libro de Blaug sigue conteniendo *errores* sobre Walras, y que la explicación de que no hay «Guía del lector» de los *Eléments* porque «Jaffé ya la ha concretado en los extensos comentarios a su traducción» no se tiene en pie. Si el libro de Blaug es un manual, y las «Guías» tienen el objeto de «alentar a los estudiantes a familiarizarse directamente con las principales obras», remitir al lector a las más de 300 notas dispersas de Jaffé resulta pintoresco, porque si un estudiante hace eso, ¿para qué necesita el libro de Blaug? Además, con el mismo argumento sobrarían todas las «Guías», salvo que Blaug crea que ni sobre Smith, ni Ricardo, ni J. S. Mill, ni Marshall, ni Marx, ni Keynes —por poner sólo unos ejemplos— existen explicaciones mejores que sus «Guías» y un poco menos difíciles que las notas de Jaffé.

¿REDUCCIONISMO O ENFASIS?

Mi comentarista me explica que la aportación fundamental de Walras es el equilibrio general, y que destacar también otros aspectos de su obra puede conducir a colocarlo junto a una pléyade de economistas menores que coincidieron con él en aspectos secundarios (v. gr., propuestas nacionalizadoras de la propiedad de la tierra).

Agradezco que se me recuerde que lo principal de Walras es el equilibrio general, aunque sólo una peculiar lectura de mis trabajos puede inducir a sostener que pienso otra cosa. Me parece casi ridículo tener que hablar del tema, pero valgan dos autocitas: «Esto no significa poner en tela de juicio el hecho, por demás evidente, de que la gran aportación de Walras a la economía se situara en el campo del análisis puro» (S1, p. 22); «Sería absurdo, a más de irrelevante, negar que las aportaciones más importantes de Walras se sitúan en el campo de la teoría pura» (S2, p. 91). Aparte el nimio detalle de haber estado ocupado doce años de vida en una edición comentada y anotada de la obra de Walras dedicada al equilibrio general.

WALRASIANOS Y WALRASISTAS

Define mi crítico como walrasiano lo estrictamente original de Walras, y como walrasista la filiación entre equilibrio general y socialismo, y opina que dicha filiación puede manifestarse por dos vías.

Vía 1:

«la aproximación existente entre un sistema walrarista en equilibrio (con desdibujado papel empresarial) y un sistema de economía planificada».

Vía 2:

«el modelo walrasista puede interpretarse como una demostración abstracta de que "el mercado funciona"; como es fácil comprobar que la realidad se parece poco al modelo, éste puede derivarse en una confutación de la utilidad de la economía de mercado».

A partir de aquí comienzan las críticas.

La primera parte de ponerme de ejemplo —en un trabajo mío de 1975— de la Vía 2 por señalar que es devital importancia determinar los casos en que no funciona el mercado, y destacando que cite «al Coase de 1960 y no al de 1937 sobre la empresa». Detengo aquí por ahora la exposición de mi crítico para contestar, dada la concentración en un solo párrafo de tantos despropósitos analíticos. A saber:

— El «desdibujado papel empresarial» de un modelo de equilibrio general competitivo (EGC) es una incomprensión del papel *central* del empresario como conector de los mercados, que sólo Edgeworth cometió en su crítica a los *Eléments* en su segunda edición y que, desde hace casi un siglo, nadie que sepa algo de EGC ha repetido.

— La Vía 2 no consiste en analizar si «la realidad se parece al modelo» y, como no es así, criticar al mercado. Consiste en algo ligeramente más sofisticado que burdas referencias al «realismo de los modelos abstractos»: discutir aquellos casos en que un EGC, que es un sistema de mercados competitivos generalizado, no es un óptimo paretiano y, por tanto, la competencia perfecta no asigna eficientemente, lo que constituye su única, e importante, virtud como mecanismo de asignación de recursos informacionalmente descentralizado. Esto no es análisis económico avanzado, sino la simple expresión literaria de los casos en que se incumple *el primer teorema de la economía del bienestar*, que se encuentra en cualquier manual de nivel intermedio de análisis económico.

— Mi comentarista me hace el honor de ponerme de ejemplo de la Vía 2. Me gustaría que aquí hubiera acertado, pero es un honor inmerecido. Podría haber citado, por ejemplo, a alguien poco sospechoso de tener mis deficiencias a la hora de entender el EGC como F. H. Hahn⁴, quien destaca la importan-

⁴ Puesto que los lectores de esto serán mayoritariamente historiadores, señalaré que F. H. Hahn es uno de los teóricos más importantes del EGC, coautor con K. J. Arrow

cia *prescriptivo-negativa* —en su expresión— del análisis del EGC al permitir detectar los casos en que el mercado no asigna eficientemente.

— «Destacar» que cito el artículo de Coase de 1960 y no el de 1937 no tiene mayor sentido que destacar que no cito, por ejemplo, *La Regenta*. El artículo de 1937 —«The nature of the firm»— nada tiene que ver con el tema que trataba en 1975, que en ese punto eran los costes sociales no privatizables provocados por la existencia de efectos externos, que es el objeto del artículo por mí citado —«The problem of social cost».

Paso sobre la opinión de que «todo esto disgustaría profundamente a Léon Walras si lo viese hoy», porque mi conocimiento del autor no es suficiente para plantearme preguntas de tal relevancia. De igual forma declaro mi incapacidad para juzgar si es cierto o no que «Walras es walrasista en un sentido crucial». Puesto que para mi crítico lo walrasiano permite la diferenciación entre el *magister* y algunos de sus discípulos, que se caracterizan por lo walrasista, me encuentro con una afirmación carente de sentido: parte de lo walrasista, que es lo privativo de algunos discípulos pero no de Walras, es también de Walras.

Pero lo fundamental es que los reproches centrales de mi crítico se dirigen a un blanco equivocado. Según él, mi objetivo es rescatar al Walras «rouge», dotar de coherencia política a su «socialismo sintético» y convertirlo en un autor importante desde el punto de vista de la práctica de la reforma social.

Mi objetivo en el artículo publicado en esta REVISTA no es susceptible de interpretación, porque se encuentra destacado en bastardilla e incluso expresado en forma de «teorema», para destacarlo todo lo posible. El objetivo único y explícito de mi trabajo ha sido demostrar que

«no es posible rebatir, desde el punto de vista lógico, sus opiniones en materia de economía aplicada [...] y que las posiciones walrasianas en materia de economía social resultan, lógicamente, coherentes con su esquema teórico, aunque puedan no ser compartidas desde el punto de vista ideológico» (S2, p. 92; cursivas añadidas);

cualquier otro objetivo es un invento. Por tanto:

— Cuando mi comentarista me reprocha que me «haya limitado a buscar el Walras *rouge* en lo walrasiano y no en lo walrasista» falsea mi objetivo, porque yo persigo mostrar coherencias lógicas entre las áreas de teoría pura,

—Premio Nobel por sus aportaciones al EGC y la economía del bienestar— de *General Competitive Analysis*, libro de cabecera en todo el mundo sobre el tema desde su publicación, en 1971.

economía aplicada y economía social. Y, además, hace una curiosa pirueta: acusarme de buscar algo de un autor en lo «estrictamente original» del mismo, en vez de en lo espurio y discutible. En el caso de que yo hubiera buscado un Walras *rouge*, debería haberme felicitado por hacerlo de esa forma.

— Cuando el lector de mi crítico obtenga la impresión de que para mí Walras fue socialista, razón por la que trato de dotar de valor práctico a sus posiciones en materia de economía aplicada y social, espero que ya sepa que no tengo interés alguno de carácter práctico en el tema. Pero, además, recordaré que cuando he calificado a Walras he utilizado exclusivamente los términos «reformista radical enfrentado al socialismo revolucionario», «librepensador con proclividades socialistas» (S1, p. 49), «republicano» y «pacifista» (S2, p. 80). Me parece claro, por tanto, que para mí Walras fue tan socialista como Pareto «militante de las camisas negras».

Añadir tan sólo que la debilidad de las posiciones de Walras respecto a la democracia liberal, el socialismo científico y su famosa «síntesis», así como su moderación política y optimismo ante la posibilidad de reformar la sociedad gracias a la ciencia, ya las había señalado yo con anterioridad, concluyendo, por ejemplo, que tenía «una idea más bien utópica de cómo se conseguirían las reformas sociales» (S1, p. 32), o que «no parece, pues, que los métodos por los cuales Walras persiguió las reformas sociales y políticas pudieran inquietar a los poderes establecidos» (S1, p. 33).

— Mi crítico culmina con la afirmación «ser coherente al intentar enlazar la teoría abstracta con la *práctica reformista*, como hizo Walras y hacen Segura y los walrasistas, es una cosa. Acertar, otra» (cursiva mía). No hablaré sobre los walrasistas, dado lo complejo de su identificación, pero sobre mí, sí: nunca he planteado el tema del acierto o no de una hipotética e inexistente práctica reformista que estuviera basada en las recomendaciones de Walras (¿walrasianas?). Pero existe, de nuevo aquí, otra pirueta: dado que mi comentarista ya ha recordado páginas atrás mis orígenes comunistas, ¿puede creer que me interesase lo más mínimo buscar a fines del siglo xx una base para la *acción política* en un reformista radical de fines del siglo xix?

Lamento, en suma, que en todo este tema mi crítico se haya ofuscado buscando ideología y práctica política reformista allí donde sólo existe el objetivo de demostrar precisamente lo contrario: que, al margen de cualquier ideología, las piezas básicas del edificio walrasiano (economía pura + aplicada + social) son *lógicamente coherentes* y que, por eso mismo, es una visión reduccionista de Walras omitir las relaciones existentes entre *toda su obra*. Esto es lo único que he hecho, como lo demuestra el cierre de mi artículo:

«De esta forma creo que la obra de Walras emerge, al cabo de un siglo, como un todo fuertemente trabado que incluye la elabora-

ción formal más espectacular de la historia de la teoría económica, pero también un abanico de aportaciones más que notables en el campo de la economía aplicada y de la distribución de la riqueza que, *se coincide o no con las posiciones ideológicas del autor, presentan una impecable coherencia lógica interna*» (S2, p. 99).

Otrosí es que pueda molestar el hecho de que ni la construcción teórica ni las aportaciones aplicadas permitan identificar el EGC con la defensa del liberalismo, ni ayuden a sancionar posiciones conservadoras. Pero eso no es culpa mía.

TEMAS MENORES PERO OBLIGADOS

Errores y confusiones

En esta categoría creo que entran dos comentarios: escribir Hutchison con «n» intercalada y confundir a Henry con Lloyd George. Lo primero constituye una incorrección cuya importancia no me corresponde a mí juzgar. Lo segundo es producto de una curiosa historia de gazapos de imprenta de la que conservo pruebas, en el doble sentido de alibí e imprenta.

Cuando recibí las primeras galeradas del artículo (S2), alguien había señalado al margen, junto a la línea en que aparecía *Henry George*, «Lloyd?». En vez de tachar esta observación la corregí, lo que provocó que el linotipista sustituyera Henry por Lloyd. Cuando corregí segundas pruebas no repasé esa línea, porque para mí las primeras galeradas estaban bien.

Comprendo que mi crítico señale ambos puntos, pero me resulta más difícil entender sus largos paréntesis irónicos (sobre la baronesa de Schlippenbach para la «n» y sobre el *single tax* y el *People's Budget* para el caso de Henry contra Lloyd)⁵, salvo que se trate de licencias literarias demostrativas de cultura. Aunque la mía se suponga muy inferior, resulta hipótesis arriesgada pensar que pueda confundir a ambos George, ya que los comentarios de Walras atañen sólo a Henry, como puede comprobarse, sin necesidad de leer los CRP de Jaffé, consultando su índice onomástico. Parece más sensato su-

⁵ A esa categoría pertenecen también afirmaciones de mi crítico que parecen indicar que yo considero a Marshall «mente inope», o el equilibrio parcial una «extravagancia para analfabetos»; mis opiniones pueden intuirse pensando que he dedicado —y sigo— varios años de mi vida a la docencia e investigación del equilibrio parcial, sobre el que he escrito varios libros.

poner que al menos dicho índice me sea conocido, ya que he sido capaz de citar correctamente más de un centenar de cartas de los CRP.

(Nota marginal a mi comentarista: Morishima es con «s» intercalada entre las íes, y no con «c»; es el nombre el que se escribe Michio.)

Adenda «disparatada»

Siento aburrir al lector con esta Adenda, a la que me obliga tan sólo la afirmación de mi crítico de que «es un disparate afirmar que Gossen es “profusamente citado” en la *History*». El uso del término disparate constituye una acusación lo suficientemente dura como para que tenga que perder el tiempo en su comentario, aunque se refiera a un tema del todo marginal.

Creo que la opinión expresada es producto de leer lo que se quiere y no lo escrito, porque, guste o no, Gossen es *profusamente* citado por Schumpeter, y sólo conozco una forma de demostrarlo: la estadística. Gossen aparece citado 13 veces (en relación con Bernouilli, junto a Dupuit y Lloyd, sus primera y segunda leyes, en el intercambio, en su opinión de que los factores proporcionan utilidad indirecta a los consumidores, como giro radical del análisis económico, por postular la desutilidad del trabajo, como economista matemático, como utilitarista, por utilizar una función de utilidad lineal). Entre más de 1.200⁶ autores citados en la *History*, sólo 59 lo son más veces. Teniendo en cuenta que las citas cubren de Aristóteles a Samuelson en una ordenación temporal, de Santo Tomás a Wiesser alfabéticamente, y que autores como Barone, Hayek, Hicks, Leontief, Mitchell, Sidgwick o Wicksteed (entre más de otros 1.100) son menos *citados*, ha de concluirse que Gossen se encuentra *muy profusamente citado*.

Otra cosa es que a mi crítico le parezca insuficiente, parcial, incorrecto, o lo que opine, el *tratamiento* dado por Schumpeter a Gossen. Yo lo único que hago es *constatar un hecho*: Gossen está en el *top 5 %* de las citas de la *History*. Este es un hecho no opinable, y menos aún calificable de disparate, expresión que supone, como mínimo, un error y una incorrección por parte de quien la ha hecho.

Pero todo el tema resulta casi ridículo si se tiene en cuenta que esta referencia tiene en mi trabajo el único objeto de señalar que, pese a estar *muy* citado, Gossen no aparece como defensor de la propiedad pública de las tierras. Y Schumpeter tenía que conocer esta postura, si no directamente, al menos por el ensayo de Walras incluido en los *Etudes*, que sí aparecen como obra *frequently quoted* en la *History*, tal y como mi comentarista señala.

⁶ No me atrevo a asegurar que son más de 1.230 —aunque lo creo— por temor a que un error de cómputo obligue a mi comentarista a volver a enmendarme la plana.

AGRADECIMIENTO FINAL

Pese a que estoy convencido, y creo haber demostrado, que mi crítico ha dirigido sus armas hacia un blanco muy lejano al real, que ha distorsionado numerosas veces mis posiciones, que ha dedicado muchas páginas a polemizar con fantasmas inexistentes y que en los temas matizables mis opiniones son más sólidas que las suyas, no querría terminar sin antes agradecer su esfuerzo por criticar mi trabajo. No es práctica común en nuestro país que se escriba un texto largo y duro contra un trabajo del que —creo— se tiene una opinión global positiva, de un autor respecto a quien se tienen divergencias aunque —quiero creer— se respeta profesionalmente. Pero es una práctica saludable, pese a mi convencimiento de que la crítica es muy deficiente por los motivos ya aducidos, e incluso me resulta divertido estrenar como sujeto pasivo dicha práctica, aunque quizá ello no se deba tanto a mis méritos como a la escasez de libros ambiciosos españoles, al menos por su tamaño y años de trabajo incorporado, en el área de historia del análisis económico. También querría agradecer la bienvenida de mi comentarista a la «escuálida cofradía española de los economistas profesionales de la historia de su ciencia», pero en este caso se trata de un elogio inmerecido. Si he tardado doce años en mi trabajo sobre Léon Walras —autor en el que tengo ventajas instrumentales sobre el resto de la cofradía—, sólo una longevidad anómala sería condición necesaria, pero no suficiente, para que pudiera volver a hacer una incursión en el campo de la historia del análisis económico que no estuviera directamente relacionada con autores o escuelas en los que resulta imprescindible tener una buena base analítica para poder decir cosas sensatas. Habría que esperar, como mínimo, al año 2000.